Nuestros Corresponsales



D. Aurelio León

Nuestro querido corresponsal en la República Dominicana nació en Aragues (Venezuela). Conoció el Espiritismo en el año 1884, residiendo en Victoria, iniciándole en estas doctrinas D. Tomás Pulido, antiguo espiritista dominicano.

Ha sido socio del Centro «Fraternidad», de la población de Consejo y del Centro «Caridad», de Caracas; en 1901, se trasladó á Puerto Rico, en donde tuvo la satisfacción de relacionarse con la mayoría de los hermanos de dicha isla; desde 1903, reside en Santo Domingo, en el pueblo de San Francisco de Macorís, en donde ha fundado un grupo compuesto de entusiastas hermanos, con los cuales sostiene entusiasta la bandera del Espiritismo.

A nuestros lectores

Habiendo quedado disuelta la «Liga Espiritista Española» por acuerdo tomado en su junta general extraordinaria celebrada el día 31 del pasado Enero, esta Revista, según otro acuerdo de la misma junta, ha pasado á manos, en calidad de depósito, de nuestros estimados director, redactor-jefe y administrador.

Esperamos que nuestros queridos suscriptores continuarán prestándonos su eficaz apoyo del mismo modo que hasta hoy lo han prestado, en la seguridad de que esta Revista, sosteniendo siempre las mismas tendencias que ha venido sustentando desde su fundación, procurará, por todos los medios á su alcance, introducir las mejoras necesarias para que sus lectores estén siempre al corriente del movimiento espírita mundial.

Convocatoria

En uso del derecho que me confirieron los delegados que asistieron á la asamblea de la disuelta «Liga Espiritista Española», el día 31 de Enero próximo pasado, para que convocara otra asamblea de Presidentes de todos los Centros espiritistas de España, he resuelto, cumpliendo con mi deber, convocar, á nombre de los mentados delegados, la celebración de dicha asamblea para el día 28 del próximo Marzo, á las 10 de la mañana, en el local del «Centro Barcelonés», calle Ferlandina, 20, principal, á fin de cambiar impresiones y tomar acuerdos sobre las proposiciones que presenten los asambleístas con referencia al nuevo rumbo que debe tomar, lo más pronto posible, el Espiritismo en España.

Ruego á los Directores de la prensa espiritista se sirvan insertar esta convocatoria, á fin de que llegue á conocimiento de todos los interesados adictos á nuestra idea redentora.

Favor que suplica vuestro humilde hermano en creencias, dándoos anticipadas gracias, pues no dudo se servirán atender-

me en beneficio de nuestro sublime ideal, como lo es «Hacia á Dios por el Amor y la Ciencia».
Barcelona 12 de Febrero de 1909.

VICENTE SERRA.
Presidente del "Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos".

SUSCRIPCIÓN
á favor de las víctimas del fanatismo que gimen en las cárceles de Canillas de Albaida.

Suma anterior.	10	ptas.
Enrique Zás, 1'50 pesetas.—José Ferrer, 0'50.—Policarpo Barrieras, 1.—Juan Moreno Fabre, 3'30.—Domingo Cano, 1. —Micaela Rocales, 2'50.—Hilario Gil, 1.—María Coll, 0'25. Grupo «Amor y Vida», 5.—Blanca Bury, 1'50.—Francisco Puertas, 0'35.	17'90	»
Total.	27'90	ptas.

Mis recuerdos

En nuestra doctrina, que es al par la realidad dichosa, todo estado de un sér es la consecuencia lógica, el efecto ineludible de los estados anteriores. Considero útil, por tanto, conocer las historias de los demás espíritus, como dato de analogía para el presente y el porvenir propios.

Nor sé por qué puedo yo trazar, á grandes rasgos, algo de mi historia anterior á mi actual existencia terrestre, y voy á consignarlos; no es bien que se pierdan, si en lo más mínimo pueden ser útiles á algún hermano.

* * *

No fué extraña mi fácil convicción para el Espiritismo; desde mis años primeros tenía yo claros y, en algún período, completos recuerdos de tiempos anteriores. Apenas sabía hablar y ya era frase corriente en mis labios la de «cuando yo era grande», que aplicaba lo mismo á mis juegos que á mis incipientes estudios. «¡Cuando yo era grande!», decía, sabía leer y escribir muy bien de tres maneras; «cuando era grande», tiraba flechas muy lejos y mataba con ellas unos bichos de muchas lanas; montaba caballos, muchos caballos, muy bonitos y que corrían mucho..., etcétera, etc.

Más tarde he podido ordenar algo esos vislumbres y referir á épocas distintas unos y otros, pero entonces se mezclaban de suerte que mi abuela me reñía, temiendo fuesen perturbaciones. Un día presenció una de esas cariñosas regañetas un sabio amigo, el Dr. D. Mariano Lorente, Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, y preguntó á mi abuela la causa.

—¡Este chiquillo, que está siempre á vueltas con que ha vivido antes y con lo que hacía entonces!

—¿Y usted le riñe?

—¡Naturalmente! Se va á chiflar...

—Pues no le riña usted, señora, no le riña. ¡Quién sabe si tendrá más razón que nosotros!

Fué mi primera lección de Espiritismo, y aunque contaría á lo sumo cuatro ó cinco años, era tal mi veneración por el Dr. Lorente, que no se ha borrado de mi memoria.

También me sirvió para que me dejasen en libertad de espigar en mi pasado; de tales correrías resultó lo siguiente:

***

Mi más lejano recuerdo se eleva hasta la edad de la Piedra Pulimentada; la primera vez que en un Museo vi hachas, flechas, etc., de piedra, me eché á llorar como lo que era, como un niño, sin que me bastara á contener la vergüenza de mis condiscípulos.—¿Por qué lloras?, me preguntaban, compadecidos unos, otros burlones. ¿Por qué lloras?—¡Porque hace muchos, muchísimos años, yo tenía piedras labradas como esas, y eran mi tesoro, y con ellas cazaba...!

Corrieron á decírselo á nuestro Profesor, D. Manuel María José de Galdo, y él me interrogó y se mostró dudoso, pero también desde entonces pude relatar á mis compañeros mis increíbles aventuras.

Los bichos que recordaba haber muerto á flechazos y lanzazos, resultaron ser osos y mammuts; mi tribu vivía en una caverna espaciosa de una montaña altísima, en la que había ventisqueros; no conocíamos los metales, ni tejíamos, pero sí debíamos cosechar algo, quizá tubérculos...

***

De otra época, sin duda más próxima, pero también lejana, conservo el clarísimo recuerdo de haber poseído una piragua y hacer con ella constantes viajes entre numerosas islitas muy frondosas. Era yo de color, si bien claro, y hacía la vida semi-anfibia de los costeños tropicales. Si la simpatía á un nombre ó á una leyenda puede admitirse como indicio, yo vivía en el grupo de las Pequeñas Antillas.

Así, cuando vi el mar, no me causó impresión alguna desagradable: era también un amigo antiguo. Lo único que me chocaba era que construyesen de «tablitas» las lanchas, que «yo había hecho antes» de una pieza. Y los buques grandes me causaban admiración y miedo. Si mi familia lo hubiese consentido, yo hubiera seguido la carrera de marino mercante; la *guerra* me era odiosa.

***

Después..., después la impresión es completamente opuesta: en vez de olas de agua, las olas que surco son de arena; en vez de borrascas, el simun. Me veo habitando en una tienda, siendo *mujer*, rodeada de hijos y nietos, y ocupada durante largos años en *abrevar caballos*. *Me veo* en una llanura abrasada, sacando agua de un pozo profundo, pero no con cubos, lo que me perturbaba no poco, sino con unos artefactos *de piel*. Muchos años tardé en saber que, efectivamente, los beduínos, á falta de madera, sacan el agua con odres. Viví, pues, en el Sahara ó en otro desierto semejante de Asia.

Durante mis estudios y ejercicio de la Medicina, me han sido grandemente útiles mis recuerdos de las impresiones y sensaciones femeninas; nada se pierde; todo se utiliza en el sendero de nuestro progreso.

* * *

Más tarde, en nuestro tiempo casi, *viví* en el Norte de Europa, en un puerto concurridísimo sobre un gran río, y *fuí* enfermero ó cirujano de un hospital de marinos. Aquí mis recuerdos son más precisos: veo, como de ayer, el vasto edificio cuadrado donde estaba instalado el hospital; sus largas y sombrías salas; la plaza que le rodeaba, cruzada por un canal tranquilo; la calle obscura, de casas puntiagudas, en que yo residía; sus tiendas, sus tabernas; mi casa, cuyo plano he trazado mil veces; los muebles, mi traje (de chupa y calzón), mi calzado con hebillas, hasta los libros que estudiaba. Por cierto que la edición Aldina con grabados del Linneo, debí tenerla en grande estima, pues que al encontrarla *hoy* me produjo alegría profunda y me apresuré á comprarla. Recordé hasta algunas de sus toscas ilustraciones, que entonces hallaría admirables.

También los recuerdos de esa mi última vida anterior, me han sido muy útiles en ésta: puedo confesar que sin trabajo alguno obtuve notas de sobresaliente en las asignaturas de Cirujía; *me encontraba hecho*, lo mismo una autopsia, que una operación ó una cura...



Y estas memorias, comprobadas todos los días, fueron la más firme base de mis creencias en la supervivencia del alma, en la insignificancia de la muerte orgánica, en nuestro progreso constante, que no solamente es indefinido, sino infinito. Lo que marcha, no se detiene jamás en el Universo, porque detenerse es morir, y nada de lo que es, puede dejar de ser; cambia, pero no fenece.

Y me acerco al término de esta existencia, con la serena confianza del MÁS ALLÁ conocido, bajo la mano del SÉR Justo é Inmutable.

DR. HUELBES TEMPRADO.

La carrera eterna

I

«Villanueva de Castellón, 29 Diciembre 1908.

»Mi más querida hermana Amalia: Pongo en tu conocimiento el caso que á continuación se expresa.

»En el pueblo de Antella, provincia de Valencia, distrito municipal de Alberique, vive un matrimonio que entre sus varios hijos, tenían uno el cual venía sufriendo de cierta enfermedad que la denominaban mal de corazón, desde la edad de cuatro años hasta los quince próximamente.

»Estos padres, para evitar alguna desgracia en su infortunado hijo, le prodigaban toda clase de cuidados y á pesar de ellos hubo momentos que el joven Víctor en algunos de sus ataques y burlando la vigilancia de sus afligidos padres, se subía á los tejados y corría como un energúmeno, expuesto á cada momento á romperse la crisma huyendo de sus perseguidores.

»Todos éstos y otros parecidos casos le obligaron al padre á tomarse el trabajo de llevarlo siempre que le era posible consigo porque con él lo creía más seguro y sacándolo al campo á tomar el sol podía servirle de mayor distracción y ahorrarle algunos sufrimientos.

»Así transcurrieron los años; pero llegó el momento que debía sin duda saldar su cuenta, y un día el padre de éste, el Sr. Crespí, se llevó á su hijo al campo como de costumbre tenía y cuando se hallaba distraído mirando sus cosechas plantadas, Víctor aprovechó la distracción de su padre y echó á correr con tan precipitada fuga, que el padre ya no pudo darle alcance y vió con el dolor que es de suponer, cómo el hijo se arrojaba en el canal de gran cauce llamado la Acequia Real. El padre dió voces, pidió socorro, acudieron los cercanos labradores y se arrojaron al agua, empleando todas sus habilidades, y ya no pudieron descubrirle; todos sus esfuerzos y habilidades fueron inútiles.

»Es imposible describir tan dolorosa escena.

»El desgraciado Víctor fué hallado después de transcurridas cuarenta y ocho horas.

»¡Qué misión tan dolorosa para los padres!

»Sí, querida hermana, yo que he visto en Luz y Unión tus muchas aclaraciones en parecidos casos, no puedo menos que participarte éste, por si tienes á bien preguntar á tu amable guía y que te dé una ligera aclaración de este desgraciado sér.

»Esto para muchos será una curiosidad, pero para mí es una satisfacción que me llena de admiración por la armoniosa justicia que encierran estos actos en sus variantes castigos como saldo de cuentas.

»Soy íntimo amigo de la familia mencionada anteriormente y tengo interés en saber las causas que motivaron al desgraciado Víctor á tomar tal determinación (si lo tenéis á bien) y con espera de ser complacido, si el Padre lo permite, queda tuyo afectísimo y querido hermano,

Vicente Martorell».

II

Mucho me interesó la carta que he copiado íntegra y en cuanto tuve ocasión oportuna pregunté al guía de mis trabajos y el espíritu muy complaciente me dijo así:

III

«Hacéis bien en preguntar, porque os conviene mucho estudiar y aprender para después enseñar.

»Víctor y su padre son dos espíritus de larga y terrible historia, están unidos por un amor inmenso, especialmente el padre ha delirado siempre por su hijo. No siempre ha tenido el mismo parentesco, pero sí los ha unido siempre un cariño inmenso. Víctor, en una encarnación fué un gran sacerdote de la religión pagana y su padre de hoy, era entonces una hermosa sacerdotisa que adoraba al gran sacerdote y le ayudaba á llevar á cabo sus matanzas de cristianos arrojándolos á los circos, donde eran devorados por las fieras, y los dos, aparte de su celo religioso, gozaban con ver agonizar á los infelices cristianos; eran los dos, crueles y sanguinarios por instinto y rivalizaban en inventar tormentos para martirizar á los mártires del cristianismo. El gran sacerdote y la hermosa sacerdotisa se hicieron célebres por su crueldad, pero todo tiene fin, y la existencia de aquellos monstruos la tuvo también, y entonces fué *el crugir de huesos y el rechinar de dientes;* entonces el gran sacer-

dote se vió perseguido por sus innumerables víctimas, y la sacerdotisa también. Mucho tiempo estuvieron sufriendo en el espacio, hasta que aconsejados por sus guías se decidieron volver á la tierra siempre juntos á comenzar el saldo de su terrible cuenta, y Víctor, el hombre poderoso y temible ha encarnado repetidas veces, y ha sido sordo mudo, y ha estado ciego y paralítico, ha pasado por idiota, y su padre de hoy siempre le ha ayudado á llevar su cruz, y en esta existencia, Víctor ha sido un gran medium vidente, y se ha visto rodeado de sus víctimas de ayer que le amenazaban sin piedad y cuando corría como un endemoniado era porque veía á sus perseguidores que formaban un estrecho círculo en torno suyo, y él pugnaba por abrirse paso y romper aquel círculo de hierro candente, y cuando por último se arrojó al canal fué huyendo de sus víctimas, pero su carrera será eterna, pues aunque todo tiene fin, el tormento de Víctor durará muchos siglos, por eso se puede decir que su *carrera será eterna,* tanto tiempo le durará su expiación, porque el que goza martirizando á sus hermanos, el que se deleita con prolongar su agonía, ese es más responsable de sus actos y merece castigo más severo, y su padre de hoy, como le quiere tanto, padece horriblemente viéndole padecer; he aquí el por qué de las carreras desenfrenadas del pobre Víctor, huía de sus víctimas, y como se puede decir que vive en turbación continua, él se cree vivo y corre... corre... para verse libre de sus verdugos; pero éstos, implacables, le persiguen dominados por la venganza, por la desesperación, y cuanto más aturdido le ven, más redoblan sus esfuerzos para no dejarle un momento de reposo. Compadeced á ese desdichado que en su *carrera eterna* sufre todos los dolores imaginables, y compadeced también á su infeliz padre que vive sin vivir.—Adiós».

IV

¡Qué narración tan triste!... ¡desgraciados de aquellos que gozan con el dolor ajeno!... ¡cuántas responsabilidades adquieren!... ¡cuánto tiempo pierden encenagados en el mal! Cuando la vida es tan hermosa procurando el bien de nuestros semejantes, que aunque uno sea muy pobre y se vea muy desvalido, si eleva su pensamiento y procura emplear todos sus esfuerzos para aliviar la suerte de algún menesteroso y consigue enjugar algunas lágrimas, con qué placer dice al entregarse al descanso: ¡Gracias, Dios mío! hoy mi paso por la tierra no ha sido estéril.

Yo te pido fuerzas para emplearlas mañana en servir de *Cirineo* al que no pueda con el enorme peso de su cruz; y el sueño de aquel sér es dulce y tranquilo, porque vive en la luz, y la luz ¡es tan hermosa! ¿cómo no ha de serlo? si en la luz irradia la mirada de Dios!

AMALIA DOMINGO SOLER.

La Justicia Divina al alcance de todos

«Y al pasar vió Jesús un hombre ciego de nacimiento; y sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego, los suyos ó los de sus padres? Respondió Jesús: No es por culpa de éste ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandezcan en él». (Juan, c. IX, v. 1, 2 y 3).

Que vean moralmente las religiones positivas la perspectiva que presentan esas palabras que transcribimos del Texto Evangélico, á las que vamos á ver si podemos hacer algunas observaciones para satisfacción del lector y para que la verdad en este tema, como en todos los que venimos tratando, pueda quedar demostrada.

Faltaríamos á un deber sagrado si en un punto tan interesante y tan necesario de aclarar lo dejásemos de hacer.

Es de necesidad hacer luz sobre esos puntos, que aunque ellos por sí mismos se declaran, no quieren comprenderlo así los que se obstinan en mantenerse en las tinieblas, ó sea en no querer ver la luz, aunque ésta se presente á su vista.

Esos son los ciegos voluntarios, los que «tienen ojos y no ven», como dice el Evangelio; esos son los «ciegos y guías de ciegos», que dice el Evangelio también.

Pero vamos á ver si nos podemos explicar.

No se olvide que dice el Maestro bien terminante que aquel hombre no es ciego por culpas suyas ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandecieran en él.

Pues bien; como las religiones positivas enseñan que las almas las crea Dios para que encarnen una sola vez, es la mayor aberración creer que en un sér humano, que bajo ese punto de vista nazca ciego, puedan resplandecer en él las obras de Dios.

Porque ¿qué Dios sería ese que hiciera ó permitiera que uno de sus hijos naciera ciego?

Y si así fuera y resplandecieran en ese sér las obras de Dios, sería porque sus obras serían caprichosas, y más que caprichosas monstruosas.

Pero en ese caso ese Dios sería también un caprichoso y un monstruo, sin nada de justicia, sin ninguna regularidad en sus obras.

Pero como está probado que Dios es infinitamente justo, infinitamente sabio, infinitamente poderoso, infinitamente bueno, con todos esos atributos infinitos es imposible que Dios, creando las almas para que encarnen una sola vez, se equivoque tanto y haga ver con sus obras que es todo lo contrario á lo que está probado, permitiendo que nazcan ciegos, mudos, cojos, mancos, tullidos y deformes.

¿A qué, pues, obedecería todo eso?

¿Y los que nacen con uno ó varios miembros de menos en su organismo?

Y ¿toda esa diversidad de tendencias en la vida humana?

¿A qué obedece todo eso también?

¡Oh, error de los tiempos!

Y aún las religiones positivas se obstinan en que el error prevalezca sobre la verdad, en que la injusticia prevalezca sobre la justicia divina.

Pues que para mostrar Dios esos cuatro atributos que dejamos consignados, debe mostrar una rectitud en sus obras en que resalte la mayor imparcialidad y brille la más excelente y soberana justicia.

Y ¿resplandecería la imparcialidad y la justicia con esa desigualdad que hay en nuestra humanidad, que demuestra todo lo contrario, si sólo encarnaran una sola vez las almas en la vida humana?

¡Ah! no ver en eso una solemne injusticia, es estar muy obstinados en volver la espalda á la luz de la verdad.

Pero ¿cómo sacaremos, en consecuencia, la justicia divina con esas desigualdades, con ese maremagnum de desbarajustes que reina por todas partes del planeta que habitamos?

¿Cómo conseguiremos, pues, que en un ciego de nacimiento, como en un sordo mudo, por ejemplo (que no son pocos), resplandezcan las obras de Dios?

Porque hay que tener entendido que para que resplandezcan las obras de Dios es preciso que resplandezca su justicia y su imparcialidad, como hemos dicho.

Pero ¿cómo pueden resplandecer las obras de Dios en la vida de un hombre que demuestra una solemne injusticia? ¿Podrá verse mayor torpeza?

Sí, porque encarnando las almas una sola vez, y desde su origen, acabadas de crear, nacer un hombre y muchos hombres ciegos ó mudos ó con

otros defectos desde el vientre de su madre, eso demuestra, más que una injusticia, una estupidez del creador de las almas.

Porque para esos seres que nacen ciegos resulta que está de más la luz; como para los que nacen sordo mudos está de más el sonido y la articulación de las palabras.

Pero aún hay un punto que tocar, y éste es el más esencial para el caso ó tema que nos ocupa, esto es: ¿Por qué hay ciegos de nacimiento, que no han tenido probabilidad de instruirse, y no obstante resultan, algunos de ellos, grandes pensadores y hasta poetas?

Y ¿cuántos sordo mudos no se ven que demuestran una inteligencia más clara, y más moralidad también, que otros que tienen sus sentidos y han recibido instrucción?

¿Qué significa eso?

¿De dónde les viene á esos seres desheredados, unos de la vista y otros del oído y del habla, esa inteligencia que otros, á pesar de sus sentidos, no pueden adquirir aunque cursen la instrucción?

¿No se ve con todo eso una baraunda, un cúmulo de anomalías, que son capaz de volver loco hasta á los hombres más inteligentes y más pensadores que quieran resolver ese problema y no se fijen más que en una sola encarnación de las almas en la vida humana?

Pero ¿quién sería capaz de resolverlo bajo ese punto de vista, aunque estuviera discurriendo desde los primeros días de su vida hasta su muerte y aunque su vida se extendiera hasta un siglo?

De ninguna manera puede resolverse ese problema con la singular vida humana que nos enseñan las religiones positivas; esas religiones, reminiscencia de la sombra de los tiempos; esas religiones, que todas alardean de ser poseedoras de la absoluta verdad divina, y no obstante todas enseñan un cúmulo de errores y disparates, si bien unas más que otras.

Es, pues, de imprescindible necesidad, para resolver el problema de la vida humana, acudir á otros medios más en armonía con la verdad, con la moral y con la justicia divina.

Esos medios son sin duda la sabia y consoladora ley de la reencarnación de las almas.

Solamente de esa manera puede concebirse la justicia divina, en esos casos tan desiguales de la vida humana; y solamente bajo el punto de vista de la misma reencarnación de s almas, se halla la verdad en las palabras del pasaje evangélico que encabeza este capítulo.

La justicia divina está, pues, en acción perpetua; pero esta justicia sublime é inexorable, que todos los seres de la creación están sujetos á ella, no se impone á nadie, no castiga á nadie.

Lo único que hace la justicia divina con su código sabio y regulador, es

señalar á los espíritus la línea de conducta que deben seguir para salvarse de sus efectos soberanos, producidos por los rigores de ella.

Así si el espíritu cumple fielmente en los deberes que le estén designados en la vida humana, la justicia lo absolverá y lo premiará; pero si se desliza, sólo le recuerda su incumplimiento y lo deja, ó, mejor dicho, el espíritu se queda estacionado.

Y cuando el espíritu culpable hace por fin su firme propósito de cambiar la faz de su vida y en vez de volver al camino del error resuelve definitivamente una nueva jornada por el camino de la verdad y del progreso, entonces el mismo espíritu, desde el espacio, elige la índole de vida que pueda serle más eficaz para que sus desaciertos de antes queden borrados. Y de aquí viene esa diversidad de pruebas y de calamidades, sin que Dios imponga castigos á nadie, sino que cada espíritu, al tratar de empezar su vía de regeneración, es el que se impone la reparación de sus faltas. Y entonces, como es natural, la misma justicia se le muestra benigna, premiando sus obras progresivas, sus obras de redención, lo mismo que á los que no hayan faltado nunca, que de éstos serán muy raros.

Volviendo, pues, al caso del ciego de nacimiento, al cual hemos puesto de norma para el contenido de este tema, vamos á ver el significado de las palabras del Texto Evangélico, que refiriéndose á los pecados que eran la causa de que aquel hombre fuese ciego, dice: «No es culpa de éste ni de sus padres».

Ya vemos, pues, que el Maestro se concreta á decir sólo eso; pero no dice que no hay culpa, pues de no haberla hubiera dicho que no era culpa de nadie; pero al decir ni de éste ni de sus padres, aunque se calla lo otro, indica que hay culpa; y esta culpa hay que buscarla en otra parte, pues ya se sabe que no hay efecto sin causa.

Naturalmente, y tenía razón el Maestro, que aquel hombre que él tenía presente no pudo haber pecado antes de nacer, y tampoco podía sufrir aquella prueba por culpa de sus padres, puesto que nadie es responsable de faltas de otro. Y con esto queda también probada otra verdad que echa abajo un gran error religioso.

Pero dice que es para que resplandezcan en él las obras de Dios.

Con lo que prueba que aquella prueba era el efecto de una causa anterior; que allí resplandecía la justicia divina.

Por lo tanto, si aquel hombre vino á sufrir la prueba de ser ciego desde su nacimiento y en él resplandecía ó se obraba la justicia, era porque, no el mismo hombre, pero sí otro hombre anterior, en el cual había estado encarnado el mismo espíritu, había cometido el pecado ó pecados que eran la causa de que el mismo espíritu, vuelto á encarnar, vino á sufrir aquella prueba como reparación.

Y esa es de la manera que naciendo un hombre ciego no hay injusticia

en él, injusticia que hubiera habido en aquél si hubiera encarnado sólo aquella vez.

Que medite el lector sobre estas observaciones y podrá ver si en ellas hay ó no algún viso de verdad, y si hay ó no alguna diferencia de esto á lo que enseñan las religiones positivas.

Que analice, pues, el lector entre los dogmas religiosos y lo expuesto en estas líneas, y vea cuál de las dos formas es más ajustada á la razón y á la moral, y en cuál de ellas resplandece más la verdad y la justicia.

Debe tenerse también presente que al paso que los tiempos transcurren y la humanidad va progresando y madurando más su razón, se van revelando verdades nuevas, mejor dicho, se van aclarando, porque ellas están reveladas; pero la luz de la verdad se va difundiendo de más en más, y ésta es la que facilita esclarecer las verdades que tan dudosas las hallan muchos, estando ellas de por sí bien claras, como hemos dicho antes.

Todo está en que el hombre trate de penetrarse bien de ellas para interpretarlas debidamente.

La reencarnación de las almas es, pues, la puerta abierta por el poder divino para que todos los espíritus, todos irremisiblemente, pasen por ella para seguir el camino del progreso. Y bajo este punto de vista, la justicia divina se muestra y está al alcance de todos.

De ninguna manera podría ser así. De ninguna manera podría resolverse el arduo problema de la vida de la humanidad, con una sola existencia de las almas ó espíritus encarnados, acabados de crear, como enseñan las religiones positivas. En este caso sería la injusticia no la justicia la que estaría al alcance de todos. Compare, pues, el lector.

Sólo nos resta añadir que á nadie obligamos á que nos crea, sino sólo exhortamos á que lean, mediten y analicen para que puedan despejar la atmósfera de las dudas; y una vez despejado el horizonte que su espíritu necesita vislumbrar para orientarse en la marcha ó rumbo que debe llevar para sus progresivos fines, saber á qué atenerse.

Cumplimos, pues, con un deber sagrado al hacer estas observaciones y advertencias, porque ésta es la causa que defendemos, y nada más.

Con esto, digamos, cierra el Maestro su discurso sobre los signos que indican quiénes son sus verdaderos discípulos, los verdaderos propagadores de la doctrina predicada por él, los fieles, en fin, del verdadero Cristianismo.

Una cosa es decir Señor, Señor, y otra el cumplimiento del deber con la práctica de las obras, con que deben distinguirse los verdaderos cristianos, los verdaderos adoradores del Padre celestial.

La práctica de las obras de moral y de verdad, son las que demuestran quiénes son los fieles del Cristianismo, y la práctica de las obras también demuestra quiénes son sus detractores.

No son las palabras sino los hechos los que distinguen los verdaderos y los falsos adoradores del padre celestial.

De nada sirve al hombre tener á Dios en los labios si en el corazón no siente lo que dice, si sus hechos contradicen las palabras.

Los hechos y sólo los hechos de la moral y del deber, la práctica de las máximas y preceptos evangélicos, son los que hacen el verdadero cristiano. Ellos son los que redimen al hombre, y por ellos alcanzará su alma el privilegio de entrar en el reino de los cielos.

Pero por mucho que reze, por mucho que cante, por mucho que ore y por muchas ceremonias que haga, sin la práctica de las obras, sin hacer la voluntad del Padre celestial, siempre estará estacionado en el dique del error, siempre tendrá obstruído el camino del progreso por los mismos obstáculos engendrados por él, siempre tendrá interceptado su paso por su negligencia en la práctica de las obras, por no saber cumplir con su deber.

Las palabras sin las obras se quedan en el vacío y no hallan eco en el poder de Dios; mientras que la práctica de las obras esas son como la luz, cuyo reflejo sube hacia el poder supremo, recibe un choque divino, se enlaza cual áncora de salvación y de allí desciende sobre el sér que las practica como un rocío santo y consolador hacia su espíritu; y en vez de sentir cansancio ni fatigas, siente un alivio indecible y un placer inefable que conforta su organismo, da lucidez á su espíritu y en un momento arrobador lo transporta á regiones desconocidas y le hace entrever las maravillas del infinito; allí donde moran los espíritus celestes, los que supieron luchar y vencer, los que sustentan los laureles de la victoria, los que expiden los efluvios divinos de sus fluidos benéficos y regeneradores que sirven de alivio y consuelo á los humanos, los que sirven de égida poderosa para reducir á la humanidad.

Vale, pues, más un hecho acorde con la verdad divina que cien y que mil palabras que estén desacorde con la misma.

FAUSTINO ISONA.

Los vivos y los muertos

Pasando una vez el Cristo por el campo de las tumbas, encontró á un joven que estaba de rodillas y lloraba delante de una de ellas. Al verle, Jesús se compadeció de su dolor, y aproximándose le dijo:

—¿Por qué lloras?

Volvióse el joven, y extendiendo la mano respondió:

—Mi madre se encuentra aquí desde hace tres días.

—No, hijo mío, tu madre no está aquí, contestó Jesús. Aquí sólo se ha depositado el último vestido que abandonó; ¿por qué lloras, pues, sobre un despojo inservible? Levántate y marcha; tu madre te espera.

El doliente movió tristemente la cabeza y dijo:

—No, esperaré aquí á que venga la muerte y vendrá; entonces, lo sé, iré á reunirme con mi madre.

—¡La muerte espera á la muerte, y la vida va en pos de la vida! No entristezcas con un dolor egoísta y estéril el alma de aquella que te ha precedido; no retardes su marcha hacia Dios con tu desesperación y tu inercia. Su amor vive aún en tu corazón, y no la habrás perdido si la haces vivir dignamente en él. En vez de llorar á tu madre, resucítala! No me mires con admiración, ni pienses que me burlo de tu dolor! Aquella cuya pérdida lamentas, está cerca de ti; uno de los velos que separaba vuestras almas, ha caído; queda uno todavía, y, separados sólo por ese velo, debéis vivir el uno para el otro; tú trabajarás para ella, y ella rogará por ti.

—¿Cómo trabajaré para ella?,—respondió el huérfano;—ahora que está debajo de tierra, no tiene ya necesidad de nada.

—Te engañas, hijo mío, confundiendo aún el cuerpo con el vestido.

Ella tiene ahora, más que nunca, necesidad de inteligencia y de amor en el mundo donde vive. Tú eres la vida de su corazón y la preocupación de su espíritu, y ella te llama en su ayuda.

Para tener el derecho de descansar, es preciso trabajar antes. Si no trabajas por tu madre, torturarás su alma. Por eso te dije: Levántate y marcha, porque el alma de tu madre se levantará y marchará contigo, y tú la resucitarás en ti si haces fructificar su pensamiento y su amor.

Ella tiene un cuerpo en la tierra, el tuyo; tú tienes un alma en el cielo, la suya. Si esa alma y este cuerpo marchan juntos, tu madre revivirá.

Créeme, hijo mío, el pensamiento y el amor no mueren jamás, y aquellos á quienes creéis muertos viven más que tú si piensan, y más todavía, si aman.

Si la idea de la muerte te entristece y te espanta, refúgiate en el seno de la vida; allí encontrarás á todos aquellos que te aman.

Los muertos son los que no piensan y no aman, pues trabajan para la corrupción, y la corrupción á su vez les consume.

¡Deja, pues, á los muertos llorar sobre los muertos, y vive con y para los vivos!

El amor es el lazo de las almas, y, cuando este lazo es puro, se vuelve indestructible.

Tu madre te precede, marcha hacia Dios, pero está encadenada á ti; y si tú te duermes en la pena egoísta, ella se verá obligada á esperarte y sufrirá.

Pero yo te digo, en verdad, que todo el bien que puedas hacer le será

tenido en cuenta á su alma, mientras que si haces el mal, ella sufrirá voluntariamente la pena.

Por eso te repito: si la amas, vive para ella.

El joven, entonces, se levantó; sus lágrimas cesaron de correr, y contempló la faz de Jesús con admiración, pues el rostro del Cristo estaba radiante de inteligencia y de amor, resplandeciendo la inmortalidad en sus ojos.

Tomando al joven de la mano, Jesús le dijo:

—Ven.

Le condujo enseguida sobre una colina que dominaba la ciudad entera, y exclamó:

—¡Mira el verdadero campo de las tumbas!

Allá en esos palacios que entristecen el horizonte, hay muertos á los que es necesario llorar más que á aquellos cuyos restos yacen aquí, pues esos no descansan. Se agitan en medio de la corrupción y disputan su pasto á los gusanos; ¡son semejantes á un hombre á quien hubiesen enterrado en vida! El aire del cielo falta á sus pulmones, y la tierra gravita sobre ellos. Están en las estrechas y miserables instituciones que han hecho para sí, como en las tablas de un féretro.

Joven que llorabas y cuyas lágrimas secó mi palabra, llora y gime ahora sobre los muertos que sufren aún! ¡Llora sobre aquellos que se creen vivos y que son cadáveres atormentados! A esos es á quienes hay que gritar con voz poderosa: ¡Salid de vuestras tumbas! ¡Oh! ¿cuándo resonará la trompeta del ángel?

El ángel que debe despertar al mundo, es el ángel de la inteligencia; el ángel que debe salvarlo, es el ángel del amor.

La luz será entonces como el relámpago que brilla en Oriente y que se ve al mismo tiempo en Occidente.

¡A la voz de aquél, el cuerpo del Cristo, que es el pan fraternal, será revelado á todos, y, alrededor del cuerpo que debe alimentarlos, se reunirán las águilas!

Entonces el verbo humano, libertado de los intereses egoístas, se unirá al Verbo divino, y la palabra unitaria, resonando en el mundo entero, será la trompeta del ángel.

Los vivos se levantarán, los vivos á quienes se habrá creído muertos y que sufrían esperando la liberación, y todo lo que no es muerto se pondrá en marcha é irá delante del Señor; mientras que las cenizas de aquellos que ya no son, serán barridas por el viento.

¡Joven, mantente dispuesto, y guárdate de morir! Vive para aquellos á quienes amas, ama á aquellos que viven, y no llores por los que han subido un grado más en la escala de la vida; ¡llora por los que están muertos!

Tu madre te amaba; te ama, por consiguiente, mucho más en este ins-

tante en que su pensamiento y su amor están libres de las barreras pesadas de la tierra. Llora por los que no piensan en ti y no te aman.

Pues te digo, en verdad, que la humanidad no tiene sino un cuerpo y un alma, y vive doquiera se trabaja y se sufre.

Un miembro que ya no es sensible al bienestar y al dolor de los otros miembros, está muerto y debe ser suprimido en breve.

Habiendo dicho estas cosas, el Cristo desapareció de la vista del joven, quien, después de haberse quedado algunos instantes inmóvil y como bajo la impresión de un ensueño, emprendió silenciosamente el camino de la ciudad, diciendo: «Voy á buscar á los vivos entre los muertos». Y haré bien á todos aquellos que sufren sufriendo con ellos y amándoles, á fin de que mi madre lo sepa y me bendiga en el cielo, pues ahora comprendo que el cielo no está lejos de nosotros y que el alma es al cuerpo lo que el cielo material es á la tierra.

El cielo que rodea y sostiene á la tierra se abreva en la inmensidad, como nuestra alma se embriaga de Dios mismo.

Y á los que viven en el mismo pensamiento y en el mismo amor, no se les puede separar nunca.

ELIPHAS LEVÍ.

La vieja

A MI HIJA PURITA

Muchas veces la he visto; es una anciana
desterrada del mundo y de sus fiestas,
triste caricatura de los años,
que con su débil cuerpo puede apenas.
¿Amigos y parientes? Yo presumo
que de esas dos palabras está huérfana,
y si en el mundo descendientes goza,
de sér tan desdichado no se acuerdan.
Pasa la vida, si vivir llamamos
al gozar del olvido y la miseria,
en la entraña del monte, do las manos
de otro sér infeliz abrió una cueva.
Allí tiene su hogar y es su familia
un perrito muy fiel que no la deja;
los pájaros nocturnos, los insectos,
que á partir el escombro se congregan.
Adornan su moderna catacumba
unos haces de paja mustia y seca,

que sirven de colchón y de almohada
do el espectro viviente se recuesta.
Una silla de esparto, derrengada,
es todo el mobiliario que se cuenta,
pues por tal no contamos unos tiestos
ni unas latas que fueron de conservas.
Cuando el sol, por sus puertas del oriente,
asoma deslumbrante de belleza,
con sus rayos de plata rutilantes
las sombras de aquel páramo ahuyenta.
Y entonces, la olvidada viejecilla,
abandona las pajas do recuesta
su cuerpo estropeado, y se prepara
á conquistarse el pan de puerta en puerta.
Con su perro, su saco sobre el hombro,
que le sirve de cofre y de despensa,
hacia la capital dirige el paso
sin maldecir, sin respirar siquiera.
Nadie estorba su marcha. Los rigores
del invierno cruel no la amedrentan,
ni le imponen del cálido verano,
de su indigesto ambiente las tormentas.
Ella va Á SU CAMINO, y el que marcha
do su misión le arroja no se estrella,
aunque corra saltando precipicios
y le siga la tromba ó la centella.
Ella va á su camino, y aunque es largo
el camino que sigue y son sus piernas
débiles por demás, nunca desmayan
sin llegar de sus ansias á la meta.
En la ciudad, recorre por las calles
pidiendo una limosna al que vegeta
en otra sociedad que ella no ha visto,
porque es entre los suyos extranjera.
Todos son más felices; ella sola
su camino prosigue, sin que vea
un rostro que sonría á su mirada,
un alma que contemple su pobreza:
Si se fija verá á soberbia dama
transformada en un cúmulo de perlas,
al divisar su aspecto miserioso,
pasarse prontamente á la otra acera.
Verá cómo el señor encopetado,
que compra los habanos por docenas,
la mira con asombro, no entendiendo,
por qué la autoridad no la encarcela.

¿Dónde, pues, el mendrugo halla la víctima?
Los hartos ven las dichas, no las penas.
Los que gozan se apartan de su lado,
viendo un tigre feroz en la miseria.
Y por eso no llama en los palacios
ni donde ve pujante la riqueza;
abastece el zurrón de las migajas
que sobran á otros pobres de la cena.
Hecha su provisión, al antro vuelve
á vivir otra vez como las fieras,
á calentar las pajas con sus miembros
cansados de tan áspera tarea.
Pasa los días sin que nada cambie,
y vive sin variar, la pobre vieja,
sin luz más que del sol cuando es de día
y de noche el fulgor de las estrellas.



Yo, contemplando cuadro tan horrible,
pienso en la fealdad de la materia;
creo más en el dogma espiritista
do encuentro solución á tal problema.
La historia de ultratumba de la anciana,
quizás esté de puntos negros llena;
quizás aquella historia me admirara
más que admiran hoy estas cadenas.
Quizás esta mujer fué en otros tiempos
de poblaciones y castillos reina,
quizás no pensó nunca que la suerte
no es para todos de fortuna emblema.
Quizás no vió mendigos en su vida,
porque impidió que hollaran la escalera
del áureo palacio que habitara
como genio feliz de otro planeta.
Quizás horror le dieron los andrajos,
quizás más compasión tuvo á las bestias
que tiraban del carro victorioso
do mostraba su impúdica grandeza.
Hoy, sólo de un perrito mustio y flaco,
la muda compañía le recrea...
Hoy sólo tiene andrajos, ve mendigos...
Hoy vive en las entrañas de una cueva.



Hija del alma mía: tú que moras
por el espacio inmenso y que ostentas,

de luz, una aureola brillantísima,
y eres mi afán y guía en esta tierra;
ruégale á Dios que de por terminada
misión tan denigrante, tan siniestra.
¿Tú no dices, Purita, que es más justo
el juez que da un perdón que el que condena?
Yo también rogaré para que acaben
calvarios tan atroces, pues si extrema
es la actitud del malo, más activa
ha de ser la del bueno en cosas buenas.
Siento gran compasión cuando contemplo
al mártir de sus culpas en su cueva,
y por grandes que fueran sus delitos,
más grande es el sufrir que veo en ella.

***

Esto escribí hace tiempo. Hoy, hija mía (1),
de aquellos sufrimientos nada queda;
en donde estuvo el antro y la desdicha
se levanta una calle limpia, nueva.
La vieja y su perrito ya no existen
ni nadie los menciona ni recuerda.
Aquel sér, peleando en el naufragio,
con su tabla sútil llegó á la cuesta.
Aquella que sin miedo y sin zozobra,
marchando á su camino en línea recta
impresionó mi sér, hoy en el cielo
será un ángel de luz y gracia inmensas.

KRAINFORT DE NÍNIVE.

¡Cuántas angustias!

I

«Sra. D.ª Amalia Domingo Soler.

»Barcelona.

»Estimada hermana: Empiezo por saludar á V., cuyo saludo tendrá la bondad de hacer extensivo á los demás hermanos de redacción.

(1) Fué mi hija en otra vida... La vieja que cito aquí ha existido realmente. Vivía en un covachón de la montaña, entre este pueblo y Beinmámet, á espaldas de un convento de monjas y donde hoy han abierto un cable.

»Amalia: no quisiera molestar á V. en lo más mínimo, pero la intranquilidad y desconsuelo que reina en mi casa, me obliga á dirigirme á V., por si por medio del guía de sus trabajos, me puede proporcionar algún consuelo, en particular á mi esposa, que no cesa de llorar desde que ocurrió la terrible desgracia que produjo la muerte de un sér que amábamos entrañablemente, y cuya historia es la siguiente:

»Sólo he tenido un hijo que desde que empezó á andar, no se quiso separar de mi presencia ni un momento; era un modelo de bondad; compartía entre sus amiguitos los juguetes y dulces que se le daban en casa. Yo, estaba tan satisfecho de sus caritativos actos, que creía que me lo habían de arrebatar de mi presencia.

»Llegó el día fatal; el 29 de Enero de 1906, á los siete años de edad. Estaba mi hijo con varios de sus compañeros jugando en una era cercana á mi casa; pasó un perrito y se mezcló entre ellos; mi hijo, como era tan amable, fué el primero en acariciarlo, y el resultado fué morder á él y á otro de sus compañeros. En el mismo día supe que el perro estaba hidrófobo, é inmediatamente me llevé á los dos lesionados á la capital en busca del remedio. El resultado fué que el 14 de Marzo del mismo año, murió mi querido hijo en medio de la desesperación más espantosa que se puede V. imaginar; completamente hidrófobo, sostenido por cuatro hombres para que no se despedazara, llamándome sin cesar.

»Mi corazón quedó lesionado al ver aquel sér que durante siete años fué mi alegría y mi consuelo, siempre en mis brazos; tuve que rogar á Dios que le quitara la vida inmediatamente para que no sufriera más, siendo así que hubiera dado mi existencia por la suya.

»El otro niño mordido se lo llevaron después á Madrid y curó radicalmente.

»Esta es la historia, querida hermana; historia que debe de encerrar otra historia en el ayer, pero que yo no conozco, y le suplico á V., por Dios, tenga la bondad de poner cuanto esté de su parte, con el fin de ver si se puede mitigar el dolor de éste s. s. s. q. b. s. m.,

S. B. B.

II

Dice muy bien el desolado padre, la historia de hoy, debe

encerrar otra historia terrible, y deseando dar luz á mis hermanos, me apresuré á preguntar al guía de mis trabajos sobre este episodio tan triste, y he obtenido la siguiente comunicación:

III

«Retrocedamos á la noche del pasado, y entremos en un castillo feudal, fortaleza defendida por gigantescas torres, por anchos y profundos fosos, por puentes levadizos y todos los medios de defensa que rodeaban á los castillos feudales.

»Tres hermanos eran los dueños de aquella suntuosísima morada, el conde de Asís, su hermano León y su hermana Valentina. El conde y León eran dos almas gemelas, se querían entrañablemente, teniendo las dos idénticos defectos, un orgullo desmedido, se creían los reyes de la tierra y trataban á su numerosa servidumbre como á esclavos, sus servidores no eran hombres, eran *cosas;* en cambio, Valentina era una santa, buena, sencilla, cariñosa, indulgente, tolerante, su servidumbre la adoraba de rodillas, en particular Luis, un joven que había jugado con ella cuando eran niños, cuando Valentina se encaramaba por los riscos y rodaba por las montañas seguida de Luis que siempre la sostenía en sus brazos. Nadie hacía caso de aquellos dos niños que crecieron juntos y que se juraron amarse eternamente, cuando un día se miraron y se ruborizaron sin saber por qué. Así las cosas, un día León le dijo á su hermano el conde de Asís:

»—¿No sabes? Valentina y Luis se quieren.

»—¿Y quién es ese Luis?

»—Pues el encargado de nuestros perros de caza; yo los he sorprendido por la noche, hablando, ella asomada á una ventana y él encaramado en la copa de un árbol.

»—¿Y estás seguro de lo que dices?

»—Ya lo creo, como que he estado en observación varias noches hasta cerciorarme por completo.

»—¿Y nadie los ha visto?

»—Nadie; sólo yo que velaba por nuestro honor.

»—Pues hay que guardar la reserva más completa para evitar injuriosas sospechas, á él hay que hacerle desaparecer, sin producir el menor escándalo; hay que enviarle lejos, y estando lejos, mi fiel ayuda de cámara, Adrián, le hará ir más lejos aún.

»Cuando hablaban los dos hermanos, pidió Luis permiso

para hablar con el señor conde; lo hicieron entrar en el salón, y dijo Luis:

»—Señor conde, vuestro perro favorito lo encuentro triste, uraño, y no me gusta su aspecto.

»—Pues inmediatamente échale al cuello la cadena más fuerte, y te lo llevas á la torre del Norte. Adrián irá contigo, allí te estarás en observación á ver si se empeora, y si así fuera, Adrián y tú concluiréis con su vida. Luis se marchó con el perro seguido de Adrián, que era el fiel servidor del conde, el cual le dió á Adrián las instrucciones necesarias, que no eran otras que dejar encerrados en los subterráneos de la torre del Norte á Luis y al perro, y el tiempo se encargaría de hacer lo demás, dándoles alimento diariamente mientras el perro no se declarara hidrófobo. Pronto se desarrolló la tragedia; el perro lanzó horribles aullidos, buscó su presa y Luis murió rabioso algunos días después.

»Su muerte no causó la menor extrañeza, nadie sospechó el enojo del conde y de su hermano; Valentina fué la única que lo comprendió todo y pidió á su hermano que la dejara ser esposa de Dios; el conde no quiso acceder á su ruego, temiendo que alguien sospechara la verdad de lo ocurrido, y Valentina murió de pena, diciendo antes á sus hermanos:—Que Dios os perdone el crimen que habéis cometido con un inocente. Yo os perdono y por vosotros rogaré en el cielo.

»El conde de Asís y su hermano León no sintieron el menor remordimiento, se había salvado el honor de la familia, ¡sentir la muerte de un plebeyo! éste valía menos que el perro. Esto pensaban en la tierra; pero cuando en el espacio se encontraron con que Luis era un espíritu de luz que se ofreció á servirles de guía en su larga y penosa peregrinación, ¡cómo cambiaron de parecer!... tanto cambiaron, que volvieron á la tierra los dos hermanos, siendo el conde el padre, y León el hijo tierno y cariñoso que durante siete años ha vivido dichoso, haciendo á la vez la dicha de su familia, hasta el momento que le mordió el perro y ha tenido que sufrir el dolor de los dolores, dominado por la más espantosa, por la más cruel dolencia, la ¡hidrofobia! Los nobles que ayer mataron sin compasión á un inocente que no había cometido otro delito que amar y adorar á una santa, hoy han saldado una de sus grandes deudas. Dile á ese padre desolado que no tiene derecho á ser dichoso, el que se regocijó pensando en la horrible muerte de un infeliz, que era un modelo de humildad; los que gozan con el mal ajeno

tienen que ahogarse más tarde en el río de sangre que han derramado, y como no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, ese padre afligido, ya tiene una suma menos en su libro de Caja, y el niño lo mismo, que también gozó con el martirio del pobre plebeyo al que arrojaron ante una fiera hambrienta como se arrojaba á los cristianos en el circo romano.

»El que mata gozándose en su obra, ese es doblemente criminal, y los nobles de ayer quedaron satisfechos de su inicua obra martirizando á un inocente.—Adiós».

IV

Triste es el relato que me ha dado el espíritu, pero de gran enseñanza, y la humanidad necesita para sus horribles dolencias, no de paliativos, sino de medicinas enérgicas; las heridas en vías de gangrenarse necesitan el remedio del cauterio; el fuego purifica, y eso necesita esta humanidad descreída y materialista, adquirir el convencimiento que no todo acaba aquí, que hay la noche del pasado y el día tormentoso del porvenir.

AMALIA DOMINGO SOLER.

Comunicación medianímica

Por supuesto, que no hay sér humano que pueda acordarse de unos cuantos siglos atrás, á no ser lo que los escritos han transmitido.

Pues bien; hay que suponer que no todo lo acaecido se ha escrito, y lo que se ha escrito se ha podido interpretar muy desfavorablemente al verdadero hecho acaecido.

Pues yo me propongo establecer concordancias precisas sobre los diversos estados vulnerados en aquellos remotos tiempos á que me refiero, y arrancar del sueño profundo de aquella noche larga y obscura, la verdad.

Hay hechos y verdades que hay quien los sabe y recuerda, pero que no salen del archivo de la Naturaleza sino cuando se hace necesaria y precisa su divulgación; fuera de estos momentos permanece siendo el secreto de las almas que tienen bajo su custodia confiada, la divulgación relativa de las causas y verdades sublimes que descansan en el conocimiento de unas leyes que están distanciadas de todo cuanto se reconoce aquí por leyes físicas y humanas.

Hay un principio de ley que simboliza el estado de espíritu de un modo terminante y que está encerrada en una sola palabra, y ella lo dice todo, que es la siguiente: *Ama á tu prójimo como á ti mismo,* y asistirás al supremo consejo en donde se te darán á conocer los secretos del Creador de un modo ilimitado.

Todo lo posible está al alcance del hombre y sujeto á su acción, una vez puesto en estas condiciones de espíritu.

Pues amar á tus semejantes, es hacer por ellos todo lo que se quisiera que ellos hicieran por nosotros. De aquí se desprende también otro aforismo casi semejante al primero, aunque más superior, que es el siguiente: Si amas al prójimo tanto como á ti mismo, en cambio amarás á Dios más que á ti mismo y más que á tus semejantes.

Y amar á Dios más que á sí mismo es abdicar hasta cierto punto de su propia personalidad para hacer la voluntad de *aquel* que se ama más que á sí mismo.

¿Pero qué intención se podrá desprender de la idea de Dios al querer que se le ame más que á todas las cosas que se ven ó se conocen, ya estén revestidas de una forma especial, ya estén envueltas con el manto del más profundo misterio? No será seguramente la intención de dominar, ni la de imponer ó cohibir, nada de todo eso.

Para aquel que ha llegado ya en estas altas condiciones de espíritu es que se ha remontado ya por encima de todas las formas materiales, se puede decir que está por encima de todo lo creado y va en pos de la adoración á la suma perfección. Adora al Sumo Hacedor, á la *inteligencia, voluntad* y *amor soberano*, cuyos atributos son la Trinidad perfecta que debe servir de orientación al espíritu en todas las fases de la vida en la tierra.

Cuando se halla el alma en esta ventajosa situación, entonces todo lo espera de la vida, del poder y del saber. Entonces han muerto para siempre en él los recelos, el egoísmo y la desconfianza. Entonces no teme perder nada, por el contrario, todo lo adquiere. Porque, cuando se creía efectivamente tener, no tenía, y cuando se creía poderoso, no poseía en realidad ningún poder. He aquí, por qué se debe amar á Dios más que á sí mismo.

Una vez el espíritu ha llegado á este estado, el misterio se descorre, la posibilidad es ley, la ignorancia desaparece porque ya no es solamente una personalidad, ya no es solamente uno, es uno con el Todo. Entonces ya arranca la esplendente luz del misterio, luz purísima que irradia en todas las direcciones del infinito. Entonces, el día es eterno; ya no se nace ni se muere, ni se envejece ni se sufre. Su estado es inalterable porque está fuera de la ley de la materia; entonces se manifiesta como á un Dios en acción, entonces es un Creador.

Ahora bien; modo de llegar á este estado, modo de conquistarlo, qué digo, no conquistarlo, esto no se conquista, se adquiere tan sólo: el considerar nulas las facultades personales y esperarlo todo del Todo.

Entonces sí, que se debe ser reservado y culto.

Ya no se puede decir más que aquello que es de la voluntad superior; y diréis: ¿cómo distinguirse si somos inducidos al error? Mirad, el error es hijo de la desconfianza y la desconfianza engendra la idea de la personalidad con todos aquellos aparentes atributos de la inteligencia personal humana.

Entrégase el espíritu con confianza completa y la lluvia de la inspiración caerá sobre él como cae sobre los campos, sin saber ni cómo ni cuándo.

Esto es cuanto yo puedo anticiparos por hoy.

Creed, seguid y esperad, y todo lo demás se andará.

Este debiera ser vuestro primer paso hacia la entrada del gran templo del saber, haciendo que vuestra alma lega en la historia de los primeros siglos del cristianismo, y hasta antes de su divulgación, la verdad se manifestaba en formas misteriosas difícil de comprender por el vulgo ignorante y apegado á la materia.

Seguid, seguid y amad y yo os acompañaré. No sabréis quien soy, porque es imposible. Me hallaréis en todas partes y hasta en las miradas más distraídas que podáis dar, y estaréis en mi compañía por más que os creyerais estar solos al no acertar distinguirme por separado. Sin embargo, yo soy la vanguardia de vuestro propio sér, soy el puerto de salvación en el cual os acompaño silnnciosamente. No me comprenderéis porque soy por ahora incomprensible, soy la eterna inspiración. Yo he coronado á los santos, he dado forma y esplendor á los grandes Maestros y he sepultado en los escombros del pasado todas las faltas, y después he extraído de allí la tela que debía servir para formar las alas de mis ama-

dos queridos. Soy la causa y el efecto á la vez; los que me conocen jamás se pierden porque soy la conciencia universal y con mi acción repercute en todas partes. Todos me conocen y cuando me buscan apasionados no me encuentran. Soy la nota del músico, soy la espléndida belleza, soy el encanto de los cielos, soy la voz del tiempo llamando siempre, soy la eterna inspiración.—Adiós.

Episodios de la guerra del Paraguay

Vaticinios del teniente Chenaut

(De "El Diario", 19 de Diciembre de 1908)

A instancias de su amigo el Sr. Francisco Seeber, el general Racedo ha desrito el interesante episodio militar que á continuación publicamos:

Era el 17 de Julio de 1866.

Los paraguayos habían hecho con todo sigilo varias trincheras en un monte que corría hacia el potrero de Piris, para tomar con su artillería por el flanco á los ejércitos brasilero y oriental.

Fueron sentidos el 15 y el 16 de Julio, resolviendo el comando quitarles aquella posición; se inició el combate sosteniéndose el fuego durante todo ese día y todo el día 17 y por la noche se sentían las descargas de cañón y fusilería y los toques de corneta.

Las principales obras de atrincheramiento fueron tomadas por las fuerzas brasileñas, que lucharon con bizarría, replegándose los paraguayos al Boquerón.

El batallón 2.º de infantería de línea, que comandaban el coronel Orma y el mayor Borges, había recibido reclutas que cartaboneados á ojo, por carecer de cartabón, fueron repartidos en sus diversas compañías.

Después de la lista de tarde, la tropa encendía sus fogones, verdaderas hogueras, en que se quemaba leña sin economía alguna y donde los soldados hacían su comida en marmitas que llevaban consigo.

Alrededor de cada fogón se sentaban seis y siete soldados, charlando, mientras se sazonaba la comida, de las novedades del día, comentándolas con la gracia característica que proporciona el concurso de ingenios en un ambiente de desolación como aquel, en que se aparenta despreocupación é indiferencia por todo lo que sea dolor, tristeza y temor.

El fogón se asociaba á sus concurrentes despidiendo lenguas de fuego á cada risotada ocasionada por algún chiste.

El sargento Liendo, de la segunda compañía, tenía de compañero de fogón, entre otros, á un recluta llamado Pereyra, á quien le preguntaba la noche del día indicado:

—¿Qué te parece, Pereyra, la vida militar? ¿Qué fogón tan vivo, eh?

—Bien, mi sargento, sobre todo á esta hora en que estamos reunidos para merendar y tomar un mate descansado, oyendo los episodios que diariamente ocurren en las avanzadas y descubiertas.

—¿Y qué tal te encuentras para quemar cartuchos sobre los paraguayos?

—Pienso que bien, animado por el ejemplo que me darán mis compañeros veteranos.

—El fuego del combate no se parece al de esta hoguera sino en que nos sirve de reunión, con la diferencia que éste nos procura el calor que el frío nos arrebata y á su abrigo comemos el buen churrasco y el confortable mate, en tanto que aquél nos brinda la muerte ó dolorosas heridas, que si bien muchas son curables, dejan á veces al paciente inútil para toda su vida, ¿qué te parece, Pereyra, hay diferencia, no es verdad?

—Sí, sargento, hay mucha, lo comprendo, pero no me aterra la posibilidad de morir en una refriega, pues somos casta de muertos; lo que sentiría es que una bala me dejara inútil con una pierna ó un brazo menos y regresar á mi casa en esta condición sin poder auxiliar á mi anciana madre de quien he sido el sostén hasta que me tocó en suerte venir á la guerra.

—¡Bah! ya te estás quejando.

—No me quejo, mi sargento; es que mi madre quedó desamparada y á pesar de eso al venirme me dió la bendición, animándome para que me portara bien, y el recuerdo de esto me ha enternecido.

En este momento interrumpió el diálogo otro sargento de la compañía preguntando á Liendo si había visto al teniente Chenaut.

—Sí, respondió, me ha dicho que mañana se da para el servicio. Viene bien, parece curado de la locura.

El teniente Chenaut sufrió en el campamento de las Ensenaditas un ataque de enagenación mental, por lo que se le envió á Buenos Aires, de donde curado del ataque, regresaba á su cuerpo. Pertenecía á la segunda compañía, de la que yo era capitán, y me profesaba al par que mucho cariño, sumo respeto. De regular alto, más bien delgado que grueso, ojos grandes muy vivos, nariz grande, aguileña, miraba provocativamente con la cabeza levantada, algo incoherente en la manera de apreciar las cosas. Tenía la manía de hacerse tirar las cartas con las adivinas en Buenos Aires y gastaba la mitad de su sueldo en esa afición. Era supersticioso y creía de buena fe en la buenaventura que le daban las adivinas.

La llegada de Chenaut fué festejada por sus compañeros y en especial por el capitán y oficiales de su compañía.

Después de lista de ocho se hallaban reunidos en mi carpa, como de costumbre, los capitanes Esteban Chausino y Miguel Molina, ayudantes Villalón y Juan Bautista Reyes y sub-tenientes Julio Dantas y Francisco Boch, en agradable tertulia, hasta la hora de silencio, incorporándose á ella el teniente Chenaut, amenizándola con la relación de los incidentes de su viaje á Buenos Aires.

Le pregunté si se había hecho tirar las cartas con las adivinas.

—Sí, ya sabe mi capitán que esa es mi debilidad.

—¿Y cree V. en esas brujerías?

—Ya lo creo ¡ah!... me han dicho tantas verdades, que no puedo sino creer á pie juntos, que esas mujeres son seres sobrenaturales.

—¿Cuántas veces hizo tirar las cartas?

—Una vez por semana.

—¿De manera que habrá aprendido á echarlas tan bien como las adivinas?

—Sí, señor.

—Pues entonces, dijo el capián Molina, que nos dé la buenaventura á todos los presentes.

La moción fué apoyada por unanimidad.

Chenaut se negó porque las cartas podían revelarle cosas que prefería ignorar. No, no y no, dijo... y tras corto silencio exclamó: ¿No oyen Vds. el fuego sostenido que se siente á la izquierda?

—Sí, dijo Villalón, hace ya dos días que lo sentimos y, ¿qué hay con eso?

—Que si tiro las cartas, averiguaré lo que sucederá mañana, y me sería desagradable conocer de antemano el resultado, si él no es satisfactorio como lo deseo.

—Le pido, teniente, sea complaciente y nos tire las cartas como lo solicitan los camaradas.

—Bueno, capitán, por V. lo haré.

Tomó Chenaut un naipe que se le ofreció, después de establecer el orden en qué tiraría la suerte, haciendo sucesivamente montones de cartas que ponía boca abajo y levantaba luego haciendo el gesto correspondiente al resultado que en ellas leía, y anunciándolo á cada cual; provocando en el auditorio toda clase de exclamaciones, según fueran ellos.

En esta forma anunció que el batallón entraría á combatir al día siguiente y que el capitán Molina sería derribado por la explosión de una granada de 68, que reventaría á dos metros de su cara, pero que no moriría. Que el capitán Chausiño saldría ileso del combate, pero que al día siguiente tendría una fuerte descomposición con calambres como si fuera cólera. Que el comandante Villalón desaparecería sin que nadie supiera qué se había hecho y que tendría un fin trágico. Que Reyes sería muerto. Que Bosch saldría ileso y que Dantas se comportaría con heroísmo como todos los compañeros, pero que sería herido en el rostro.

Á esta altura de sus combinaciones, abatido por las revelaciones de las cartas, dejó el naipe manifestando que no seguía más.

—No, ahora tiene que tirar las cartas á su capitán.

—No, eso no me pida.

—No le pido, le ruego.

—¡Pero mi capitán!...

—No hay pero que valga.

—Bendito sea Dios, así será.

Hizo la combinación correspondiente y lleno de alegría se levantó dándome un abrazo porque ello le anunciaba que saldría salvo y sano del combate, dando con esto por terminada la sesión, á la que todos nos opusimos porque queríamos conocer el resultado que á él mismo le esperaba.

—No lo haré, pues, ¿y si me anuncian que voy á morir mañana?

—Entonces se dispone á hacer proezas de valor, distinguiéndose sobre todos sus compañeros; vamos, no sea flojo, le dije.

—Es un sacrificio, pero lo haré.

Tiró las cartas para sí y quedó muy satisfecho porque le advirtieron que sería herido en las carnes sin rotura de huesos.

Se tocó silencio y cada tertuliano retiróse á su carpa.

*

Amaneció el día 18. Seguía sintiéndose el fuego y se habían olvidado los vaticinios de Chenaut.

Serían más ó menos las 9 de la mañana cuando llegó un ayudante á la carpa de los jefes, con la orden del comandante de la división de ponerse en marcha hacía la izquierda. En cumplimiento de la orden, pocos instantes después, el batallón junto con el 3 de oro, que formaban la 7.ª brigada, á las órdenes del coronel Orma, se puso en marcha, salvando á dos horas la distancia al lugar del combate.

Llegados próximos al Boquete ó Boquerón, el jefe de la división, coronel Agüero, recibió orden de tomar la trinchera á la bayoneta y con tal motivo la 7.ª brigada prosiguió la marcha.

La batería situada sobre el atrincheramiento paraguayo de Tuyutí descargaba sus cañones sobre nosotros, produciéndonos bajas. La marcha se hacía por el costado del monte y la batería nos tomaba de frente.

Momentos antes de entrar al Boquete explotó una granada de 68 frente al capitán Molina, derribándolo, pero poco después se levantó y siguió al frente de su compañía.

El Boquerón estaba situado á la izquierda del monte que costeábamos. La marcha se hacía por columnas cerradas por compañía, ocupando la cabeza el 2 de línea, y una vez llegados á la entrada del Boquerón mandó el mayor Borges variar de dirección por el flanco derecho, siguiendo nuestro movimiento el 3 de oro.

Borges, puesto al frente, ordenó la carga, siendo herido poco después, y el batallón conducido por sus capitanes llegó á la trinchera donde se trabó una lucha encarnizada, sin resultado. Barridos por la metralla, la situación de los dos cuerpos sin refuerzos de refresco se hacía en extremo crítica, pero tenían que continuar la lucha hasta nueva orden. En este estado desesperante entró al Boquete el comandante oriental Fortunato Flores, y apercibido que nuestra mala situación crecía, porque los paraguayos habían llevado y aglomerado nuevos refuerzos, fué á manifestarlo al general Emilio Mitre.

Mientras tanto, al pie de las trincheras el subteniente Dantas batía con entusiasta valor la bandera del batallón, con lo que mantenía vivo el espíritu del cuerpo, y pocos instantes después caía herido de un balazo en el rostro, sin soltar la bandera, resistiéndose á entregarla, por lo que le fué arrancada por el capitán Teodoro García (hoy general de división), quien se la pasó al subteniente Bosch. El soldado Flores alzó á Dantas sobre su espalda y lo sacó del Boquerón poniéndolo á salvo y dejando estupefactos á los mismos enemigos con este rasgo de valor.

El general E. Mitre, ordenó al comandante Flores, que él mismo llevara la orden de retirada á la 7.ª brigada, y este valiente jefe volvió al Boquerón á transmitirla.

El capitán de cazadores Emiliano Saenz se me aproximó y me dijo contristado: «Eduardo, hay orden de retirarnos».

¡Primera vez que el batallón iba á retirarse sin haber conquistado la victoria!

No había otra cosa que hacer siuo cumplirla. ¿Cómo? No era posible, vencedores siempre, hacerlo en una forma denigrante para nuestro justo orgullo. ¿Cómo retirarnos de aquel infierno donde el suelo estaba cubierto de sangre, fusiles, tambores, cornetas y cadáveres de los caídos en la lucha? ¿Cómo hacerlo sin quedar á merced del fuego del enemigo, parapetado en sus trincheras?... La orden debía cumplirse, y por ello después de breves consultas mandamos:

—¡Fueho en retirada! ¡Paso atrás!

En esta forma llegamos á la zona franca donde nos organizamos y salimos por el flanco, haciendo alto para descansar después de una corta marcha.

Era ya más de medio día y no habíamos comido. Estando en esa parada vi al soldado Palacios, asistente del comandante Genaro Racedo, jefe del regimiento «Rosario», que venía á mi encuentro con un atado en la mano y contento, lleno de alegría, dijo al verme:

—Aquí le manda esto el comandante para que se desayune V. y el subteniente Pedro Racedo.

Mi sorpresa fué grande. ¿Cómo mi hermano nos enviaba desayuno si no tenía noticias de nosotros?

—Dime, Palacios. ¿Genaro sabía que habíamos salido ilesos del combate?

—Sabía ya toda la línea que los paraguayos los habían diezmado, pero el comandante dijo que por antipatía estaba seguro que nada les había ocurrido.

—¿Por antipatía dices?

—Sí, capitán, así le oí al comandante.

—¿No será por telepatía?

—Se parece mucho esta palabra á la que oí al comandante.

Me causó risa la ocurrencia.

Nos dieron orden de regresar al campamento.

—Una vez en él se pasó lista, y cuál sería nuestra sorpresa al notar que el vaticinio del teniente Chenaut se había cumplido.

Molina, derribado por una granada cuya explosión debió ser á la distancia determinada, pues se le incrustaron granos de pólvora en la cara. Reyes, muerto por una bala que le atravesó el corazón. Villalón, desaparecido sin que se tuviera noticias de él. Dantas, herido en el rostro. Chenaut, en un muslo. Bosch y yo ilesos.

Sólo faltaba, para que fuera completo, que al día siguiente enfermara Chousiño, según el pronóstico, y así sucedió, siendo tan fuerte el ataque, con calambres, que creímos fuera un caso de cólera, del que salvó felizmente.

Llegó la noche. El batallón había perdido la mitad de su efectivo; el jefe de la división, coronel Agüero, muerto; los jefes heridos; la oficialidad en su mayor parte fuera de combate.

Un fuerte viento había despejado el cielo, en cuyo fondo límpido y azulado, las fulgurosas estrellas titilaban despidiendo tenues rayos de luz, oyéndose á intervalos el plañidero silbido del boyero; los fogones ardían nuevamente, pero no se notaba en su derredor ni la concurrencia ni la alegría de la noche anterior. Todo, en fin, era una manifestación de tristeza; y no es de extrañar esto, porque

la vida militar, sobre todo en campaña, vincula de tal manera, que cada uno siente como propia cualquier desgracia ó acontecimiento adverso y experimenta intenso placer en caso contrario, cual si se tratara de una familia y, más todavía, cree ver en las cosas que nos son propias, reflejadas también esas manifestaciones de unidad y sentimiento.

Al fogón del sargento Liendo, sólo asistían éste, Pereyra y otro soldado.

Atizaba el fuego Pereyra en actitud contemplativa, expresando sus facciones sumo pesar.

—¿Qué tal el combate, Pereyra, en el que he visto con gusto que te has portado con distinguido valor?, preguntó el sargento.

—Francamente, es algo terrible estar entre el estruendo del cañón y el silbido de las balas, viendo caer á nuestros compañeros para no verlos más, y por lo que dice de mi comportamiento no ha sido más que mi deber, cumpliendo las órdenes de mis oficiales y llevándome del ejemplo de compañeros veteranos.

—Y ahora, ¿qué me dices de nuestro fogón?

—Que no arde tanto como anoche, que convidaba á la alegría; hoy lo encuentro como con pereza para arder, y las llamas taistes...

—Es que extraña los compañeros caídos en la pelea.

TTE. GENERAL RACEDO.

Los atletas del músculo y los atletas de la virtud

En los países sajones y, por imitación, en todos los demás, se nota una afición al atletismo. En Junio pasado, el concurso atlético internacional de Londres alcanzó gigantescas proporciones. Se intenta reaccionar contra la evidente degeneración física á que hemos descendido. Pero no es de este modo cómo ello se conseguirá. El atletismo más bien será una fábrica de deformidades que un modo de alcanzar el perdido equilibrio de la organización humana. La verdadera regeneración de la humanidad depende más de la moral que de la higiene. El atletismo romano no impidió la caída del Imperio; las virtudes de Zenón, debidamente generalizadas, la hubieran impedido.

La primera condición para el resurgimiento de nuestra deprimida raza, es que nos hagamos atletas del altruísmo, atletas de la virtud, llevando el peso de los principios morales, con toda la enorme mole de sus consecuencias, sin temor de que ellas nos aplasten. Ahora bien, una moral cuyos principios fundamentales de amor y de piedad no sean deliberadamente condicionados, nos lleva por el camino más corto al naturalismo, y en él es donde únicamente podemos hallar la ansiada regeneración.

El «Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos» avisa á todos sus hermanos que para el día 28 del mes de Marzo próximo celebrará, en su local social, calle de Ferlandina, 20, principal, á las 3 de su tarde, una velada literario-musical, dedicada á la memoria de la desencarnación de Allan Kardec.

Necrologías

Por carta que nos dirige nuestro buen amigo y hermano D. Benedicto Salazar, nos enteramos de la desencarnación de nuestro querido y entusiasta hermano D. José Rosal.

De dicha carta entresacamos los siguientes párrafos, que ponen en evidencia quién fué nuestro querido hermano:

«En su última existencia demostró ser verdadero espiritista por todos conceptos, pues á pesar de que hace años venía padeciendo la penosa enfermedad que tanto le hizo sufrir, nunca demostró sino resignación y satisfacción, viéndosele siempe contento hasta en medio de sus momentos de más sufrir; su agonía fué feliz, sin la más mínima sacudida ni gesto, quedando como si estuviese en sueño.

»En nuestros ratos de conversación siempre decía (y lo ha cumplido) que tan pronto se diese cuenta de que estaba en la vida espiritual, todos sus esfuerzos serían para demostrarnos la realidad de la existencia del mundo de los espíritus y que haría todos los posibles para ponernos al corriente de todo cuanto Dios le permitiese hacer.

»Por la relación siguiente verá V. que nuestro buen hermano, ha empezado ya á cumplir su promesa.

»El día 9 por la tarde, á eso de las dos, fuí á visitar á la familia y tan pronto entré en la casa, me dijo la viuda que me esperaban con inpaciencia, pues había tenido una revelación de su esposo, y, según él mismo le ordenó, no podían hacer nada sin estar yo presente.

»Por la noche, y más bien por la madrugada y á la misma hora que ella tenía por costumbre levantarse para darle un vaso de leche (pues durante el día se alimentaba muy poco), dice que vió cómo una nubecilla muy bonita velaba un cuadro que tenía en frente, y que le cubría de tal modo, que no podía ver más que el marco dorado y que esta nube pasaba de un lado para otro; en seguida notó (y sin siquiera haber pensado en ello) como que su esposo le decía, en su pensamiento, que en un cajón de la mesilla que había en la cabecera de su cama, encontraría, entre otros papeles, un testamento que él hizo sin decir nada á nadie y que en dicho documento le daba instrucciones de cuanto tenía que hacer, que se abriese en presencia de todos y con mi asistencia y que yo les diese lectura de él.

»Inmediatamente procedimos á la operación, y, efectivamente, allí donde indicaba, y en la misma forma, encontramos el documento firmado por él y hecho con fecha del año 1904.

»La viuda, y lo mismo los hijos, dijeron y aseguraron que no sabían nada y que nunca dijó él absolutamente nada, ni hablaron de testamento nunca; cuando murió tampoco pudo decir nada, porque se puede decir que le sorprendió la muerte, pues no ha estado en cama más que un día.

»La misma noche del día que cesó, dice la viuda y la hija menor, que dormía en su compañía, oyeron tres golpecitos y que esto lo oyeron por dosveces; la primera vez lo oyó sólo la madre, y al preguntar á la hija si había oído y decir ésta que no, entonces se repitieron y lo oyeron las dos tal como los oyó la madre antes.

»Esto demuestra que el espíritu tardó muy pocas horas en darse cuenta de su situación y en poder valerse, separado de la materia».

***

El 24 del pasado Enero se efectuó en Capellades el entierro civil del niño Juan Mora, hijo del querido amigo y hermano Juan Mora y Riba. Acudió al acto numerosa concurrencia, compuesta de republicanos y espiritistas.

Deseamos al padre del niño la resignación necesaria para sobrellevar la dura prueba de ver cómo parte para la patria verdadera un sér que había logrado hacerse amar por sus cualidades de inteligencia y bondad.